VII

El castro de La Mesa de Miranda (Chamartín-Avila)

Las condiciones y situación, verdaderamente estratégicas, del cerro de La Mesa en la dehesa de Miranda, no podían pasar desapercibidas, y menos ser despreciadas, por aquellos pueblos de la antigüedad que, disputándose la primacía sobre el territorio hispano, vivían por su causa en diaria contienda.

Defendiendo la sierra, avanzando amenazador hacia la llanura, en la confluencia de dos riachuelos —caudalosos acaso entonces— y en el centro del anfiteatro que con sus hermanos cerros forma, fué elegido por uno de esos pueblos —rayanos en los linderos de la historia— para asiento de su morada y centro de sus correrías.

Y después de una tal vez agitada vida de siglos, se sume en el olvido, para surgir de nuevo en nuestros días los restos arquitectónicos de su castro y las galas de su necrópoli.

Y nosotros, tan amantes de estas gloriosas reliquias como conocedores de su poca utilidad si no se acompañan del estudio y la divulgación, no queremos dejar de aportar nuestros pobres conocimientos y el fruto de nuestras investigaciones a esa labor de cultura a que todos tenemos la obligación de contribuír.

Topografía del país y situación del castro.

La dehesa de Miranda está situada al Norte de Chamartín y al Oeste de Avila, de cuyos puntos la separan unos tres y veinticinco kilómetros, respectivamente.

Enclavada en las estribaciones septentrionales de la sierra de Avila, es de contrastante topografía; su extensa planicie de Los Llanos —prolongación de la llanura

Fig. 1.—Cerro de La Mesa, desde Los Llanos: orientación Norte.
Fot. J. Cabré.

marañega— aparece por las partes Este, Sur y Oeste, cerrada en semicírculo por los altos cerros denominados Peña del Aguila, Calamocho, La Mesa, Las Navas, Hormiguero, Ruda, Toconal, Pelada..., donde se asientan los pueblos de Gallegos, Altamiros, Chamartin, Cillán, etc., para ser coronado en esta parte el paisaje por la silueta, gran parte del año cubierta de nieve, de los cerros de Narrillos y Benitos, Sanchorreja y El Cid.

Al Norte de Los Llanos dilátase la amplia llanura

llamada la Moraña —surcada por el Arevalillo—, con sus campos de trigo, salpicados por los manchones de algún que otro pinar...

Profundas escotaduras separan entre sí los cerros citados al principio, y sirven de cauce a numerosos arroyos: dos de éstos, sin duda los más importantes, el Matapeces al Poniente y el Riondo por el Norte, antes de constituír el Arevalillo, dejan entre sí un gran cerro, de una altura media sobre dichos niveles de ciento treinta metros, cuyo nombre de La Mesa refleja su forma, sobre todo si se le mira hacia su parte Norte o a la de Poniente. (Fig. 1.)

Al Este, separado de él por la depresión conocida con el nombre de La Cárcaba, hay otro cerro de menor extensión y forma también rectangular: el *Ramizal* enmarcado al Norte y Este por el Riondo.

Al Sur de dichos cerros, y sucesivamente de Oriente a Occidente, espacíanse El Palomar, La Osera y el arroyo de La Osera, que va a unirse al Matapeces. (Lám. I.)

Si bien por esta parte la cumbre de ambos cerros se confunde —salvo pequeños accidentes, como el cerro de Las Navas (lám. II) que corre paralelo a los tres últimos puntos citados— con la meseta en que se asientan los pueblos de Chamartín, Cillán, etc., en cambio por el Oeste, Norte y Noroeste desciende rapidísima sobre la llanura en pronunciado talud, cuando no por planos que podríamos decir verticales.

La constitución del cerro es granítica, si bien las arcillas hacen aparición en algunos sitios; y es que, según el mapa geológico de Donayre (1), va por estos terrenos la línea divisoria de las zonas granítica y arcillosa. Su flora la constituyen pastos y encinas.

---

(1) F. M. Donayre: *Descripción geológica de Avila.* Madrid, 1877.

Descripción del castro.

La cumbre del cerro de La Mesa es de forma rectangular (fig. 2), precisada artificialmente en toda su

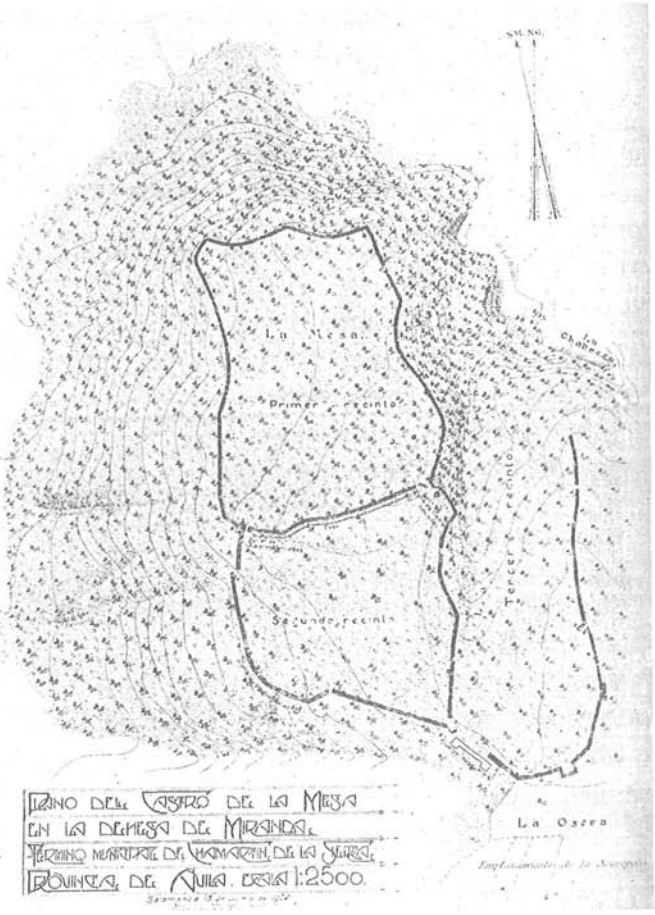


Fig. 2.—Plano del castro de La Mesa, levantado por don Mauricio Molinero.
Fot. A. Molinero.

extensión por la muralla que luego describiremos; midiendo 750 metros su eje Norte-Sur, por 300 el Este-Oeste. Aunque plana, no es horizontal, sino ligeramente inclinada, hacia el Sur y hacia el Norte, a partir de una

muralla que la atraviesa, correspondiendo el punto de mayor altitud al extremo Este de la indicada línea divisoria.

Las alturas de dicha cumbre, sobre los niveles inferiores inmediatos, son: por el Norte, 130-150 metros sobre el Riondo; al Oeste, 90-120 sobre el Matapeces; 10-50 al Sur sobre el Arroyo de La Osera, y 10-130 sobre La Cárcaba, al Este.

Su superficie está dividida en dos porciones desiguales por la susodicha muralla transversal, que corre de Este a Oeste.

La mayor, denominada por las gentes del país "Castillo bajero", y por nosotros "Primer recinto", es la situada al Norte de la muralla; su superficie es de 118.523 metros cuadrados, midiendo 411 metros su eje Norte-Sur y 308 el mayor en sentido Este-Oeste. Todo su perímetro —1.303 metros— está ceñido por murallas: indudablemente fué la acrópoli, pues en cantidad verdaderamente enorme se amontonan por doquier los restos de sus desaparecidas viviendas y de los ajuares de sus habitantes, como piedras de molino de 40-60 centímetros de diámetro, rara vez íntegras; ladrillos; "pondus" de barro cocido con muestras evidentes de su dilatado uso; percusores provistos de oquedades para más fácil manejo; fusayolos y rodajas de piedra y barro. Estas últimas, tan abundantes en otros castros de su época, se hacían con fragmentos de vasijas, ornamentadas a veces, y muestran en ocasiones un taladro en el centro, no acabado de practicar, por cierto, en algunas de ellas.

Las casas —chozas más bien— son de reducidas proporciones y de planta rectangular unas y más o menos redonda en otras, al modo de las del castro de "Los Castillejos" de Sanchorreja, próximo a éste y excavado ahora por los señores Navascués y Camps.

El segundo recinto —o "Castillo cimero"— tiene menor extensión que el ya descrito: situado al Sur de

aquél, su forma es la de un trapecio con la base mayor —333 metros— orientada al Este; su perímetro mide 1.176 metros y de superficie 71.015 metros cuadradros.

En este recinto es infinitamente menor el número de restos visibles de viviendas: ya sea porque al roturarlo en tiempos poco lejanos pudieron desaparecer, o bien porque fuera otro su destino primordial, lo que es más probable. Pero si son escasos los restos de edificaciones, no así los fragmentos de cerámica, abundantísimos, entre los que prepondera, por cierto, la pintada.

Su comunicación con el "Castillo bajero" se establecería a través de dos puertas practicadas en los extremos de la muralla divisoria: entradas que estaban protegidas, no sólo mediante recursos propios, que después detallaremos, sino también por sendas zonas de piedras hincadas, como las vistas en varios castros de la región del Duero (1) y en Las Cogotas (2), dentro de esta provincia.

Hemos de repetir que estas estratégicas defensas —destinadas, como se sabe, a impedir el ataque de la caballería, sobre todo— estaban dentro de los muros del segundo recinto, aunque también haya otras fuera de él junto a su ángulo Sudoeste, formando verdaderas trochas.

Entre las susodichas puertas y recorriendo todo el frente de la muralla, existe una visible depresión del terreno que no es sino otro medio de defensa: el foso, cuya profundidad y anchura —debido al cúmulo de materiales de destrucción de la inmediata muralla, principalmente— no es fácil determinar sin previa excavación.

---

(1) M. Gómez Moreno: *Sobre Arqueología primitiva de la región del Duero*. BOLETÍN DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA, t. XLV, 1904.

(2) J. Cabré Aguiló: *Excavaciones de Las Cogotas. Cardeñosa (Avila)*. I. El castro. Mem. núm. gral. 110 de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. Madrid, 1930.

Por la parte más meridional de la base mayor del trapecio, desprovista de muralla, debió de estar el paso a un tercer recinto que ocupa toda la loma de Poniente del *Ramizal,* o sea al Este de los recintos segundo y primero, cuyo costado recorre en toda su extensión.

Su forma viene a ser un rectángulo, cuyo eje mayor, orientado de Norte a Sur, mide unos 667 metros por 203 el menor, de Este a Oeste.

Si bien es casi horizontal en su tercio de Mediodía, en el resto va descendiendo rápidamente para buscar el nivel del Riondo, al que se llega en algunos sitios por escarpes verticales de gran altura; análogamente es acusadísimo el talud que representa el frente oriental del primer recinto, al caer sobre La Cárcaba.

Su perímetro mide 1.631 metros, siendo 1.273 los amurallados, pues la parte Norte está desprovista de muralla; la entrada era por tres puertas de desigual importancia, subordinada a las características del terreno circundante; carecía de paso directo al primer recinto y su superficie es de 104.882 metros cuadrados.

La carencia absoluta, por decirlo así, de cimentaciones de edificios, visibles al menos; la mayor abundancia de pastos y el hecho de contener cerca de su entrada principal una escultura bastante mutilada de verraco, inducen a creer si sería éste el encerradero de ganados; dependencia que, como es lógico suponer, considerando los medios de vida de aquellas gentes, sería propia de todos los castros; al menos existe en los que conocemos, de esta provincia y de otras. Por la posible importancia que el hecho daría para la intercomunicación, diremos que desde este castro se ve el de Los Castillejos de Sanchorreja, y desde aquí se divisan, además del de La Mesa, los de Las Cogotas (Cardeñosa) y Ulaca (Solosancho), al Norte y Sur, respectivamente, de la sierra de Avila.

Las murallas.

Las murallas, cuya longitud total o desarrollo era de 2.832 metros, ni ofrecen, como se comprende, uniformidad en su sistema de construcción, ni tienen las mismas proporciones en todos sus puntos. Características eran éstas, como muchos investigadores han reconocido, que estaban siempre supeditadas a las condiciones del terreno.

Ya hemos dicho que la parte Norte del encerradero de ganados carece de muralla; al menos no se ven hoy vestigios de ella, y un ligero reconocimiento de aquel lugar bien pronto nos demuestra su inutilidad, ya que las condiciones del mismo se bastaban por sí solas para cerrar el paso a toda tentativa de invasión por aquella parte.

No demuestran el mismo grado de confianza en las defensas naturales ambos castillos; así, en algunos puntos, tales como los bordes Norte, Este y Oeste del castillo bajero y los del Oeste y parte del Sur del segundo recinto, a pesar de que lo agreste del terreno hacía casi innecesarias otras defensas, levantaron aquellas gentes un muro que rodea toda la corona del cerro. De escasa altura tal vez —aunque imposible de determinar, pues sus piedras, debido a la proximidad de la ladera, han ido a parar a puntos muy lejanos de su primitivo sitio—, estaría constituído por dos paramentos y un relleno de pequeñas piedras, que dan una anchura media de cinco metros.

En otras partes, más expuestas a ataque que las anteriores, son tres los paramentos que en ellas parecen verse, respondiendo, sin duda, a la táctica imperante en aquellos tiempos, cuando el ariete y la zapa eran las principales máquinas destructoras, que al abrir brecha en el seno de las murallas provocaban los correspondientes derrumbamientos. Tal ocurre en la muralla transversa

y en la parte recta del lienzo Sur del segundo recinto (fig. 3), que es la que va desde la puerta principal a un pequeño arroyo donde queda, al parecer, interrumpida y formando acaso otra puerta.

La parte indudablemente mejor construída, como asimismo la mejor conservada, es la que, sirviendo de

Fig. 3.—Muralla meridional del segundo recinto: ángulo S. E.

Fot. A. Molinero.

límite Sur y Este al llamado encerradero de ganados, daba frente a la parte menos accidentada del cerro; la que, acertadamente dispuesta, cerraba el paso a las gentes que desde la sierra avanzasen por la alta meseta.

Todo el frente Sur es anguloso, semicircular más bien, si se quiere. Esta forma no era sólo consecuencia de un aprovechamiento racional de las sinuosidades del

terreno —escasas en esta parte—, sino que se dispondría de tal modo para procurar una mejor defensa, por tener así menor frente atacable y permitir al propio tiempo a sus defensores acudir con más prontitud de un sitio a otro.

Dicha parte o sector ofrece además detalles importantísimos: hacia la mitad de ese semicírculo la muralla, en todo su grosor, se acoda cuatro veces en ángulo recto y constituye una especie de cubo, que permitiría la estancia en su interior a un crecido número de guerreros. Mide 13,80 metros de anchura por 17 de fondo.

Otro gran cubo o torre se advierte siguiendo esta muralla en dirección Norte y en un punto diametralmente opuesto a la torre de defensa de la puerta principal; dicho cubo tiene menos avance que el anterior, pues sólo mide 11 metros, si bien es mayor su anchura, que alcanza a 22,50 metros.

Su tipo de construcción es completamente distinto, ya que sólo es el paramento externo el que se acoda, continuando el interior derechamente y quedando relleno el espacio comprendido entre ambos.

Aunque hemos dicho que el paramento interior continúa su camino, bueno será observar que a la altura del primer acodamiento del externo —yendo hacia el Norte— forma una pequeña escuadra, cuyo significado no se nos alcanza.

La muralla, desde este punto y siguiendo la dirección Norte con ligeras ondulaciones, llega hasta unos 50 metros del últimos cubo —hacia la parte en que vertiginosamente empieza a bajar la pendiente del cerro sobre el Riondo, punto que se encuentra, precisamente, en la línea de prolongación de la muralla transversal de que hemos hablado—. Cerrando el frente Norte ya hemos dicho que no existe muralla. Por su aspecto esta parte nos trae el recuerdo de algún castro de la región del Duero —Santiago de Villalcampo (Zamora)—, cuyo recinto fué erigido bajo influencias romanas, con lien-

zos rectos y torrecillas, aunque la población debió ser más antigua y similar de las otras de la región (1).

El aparejo de toda esta muralla es análogo al primeramente descrito, esto es: dos paramentos y relleno a montón el espacio intermedio, si bien el paramento externo está constituído, especialmente en algunos puntos, con bloques pétreos tan enormes que recuerdan los de las construcciones ciclópeas (fig. 4). En muchos pun-

Fig. 4.—Muralla del tercer recinto: detalle.
Fot. A. Molinero.

tos aún pueden contarse cuatro y cinco hiladas de piedras (lámina III).

Las puertas y sus defensas.

Seis puertas y aun siete acaso, podemos reconocer en el castro de La Mesa de Miranda: tres de salida al exterior, en el encerradero de ganados; otra de paso entre éste y el segundo recinto, y dos entre el segundo y la acrópoli, con otra más al exterior.

Las de paso a la acrópoli desde el segundo recinto se abrían, como hemos dicho, en los extremos de la mu-

(1) M. Gómez Moreno: *Sobre Arqueología primitiva*, etc., página 148.

ralla transversa. La del Poniente —cuya anchura podrá determinarse con una pequeña remoción de los materiales que la ciegan— estaba defendida por una gran torre circular en su costado derecho, entrando, y por una especie de espolón en talud —al estilo de tantos otros, en construcciones del tipo de Las Cogotas—, que avanzaba hacia el Sur, en su parte izquierda: este espolón serviría de enlace entre las murallas de ambos recintos. La puerta oriental es muy difícil de reconocer y acaso estuviese defendida, análogamente a la anterior, por torres.

Ante ambas existen las zonas de piedras hincadas de que hemos hecho mención.

A poca distancia del referido espolón, la muralla del segundo recinto aparece cortada; y sus extremos, casi paralelos, no en prolongación, dan idea de haber sido otra puerta, pero la topografía del terreno no parece, en verdad, la más adecuada para permitir por ella un camino.

Aun sin asegurarlo en absoluto, nos parece puerta también la interrupción de muralla que existe al Poniente de la parte recta de la misma, en el lienzo meridional del segundo recinto.

La otra puerta interior —o entrada, para mejor decir— es de paso entre el tercer recinto y el segundo, y está en el ángulo Sureste del último.

La defensa preferente —común a la principal entrada del castro— la constituye una gran torre, de dos o acaso tres cuerpos cilíndricos superpuestos, cuyo diferente diámetro determinaría dos andenes y una plataforma final superior. Frente a ella se ve la planta de otra torre rectangular.

Las tres puertas exteriores están en el encerradero de ganados; la situada más al Norte no tiene gran importancia (lám. III); otra hacia el Sur ofrece la particularidad de ser sesgada respecto a la línea de murallas. Para ello, los dos cabos del muro se mueven hacia el interior en dirección a Suroeste, en una extensión de 10 metros, medidos por el paramento interno hasta el extremo Nor-

te, y unos seis hasta el extremo Sur, en la misma forma; la anchura de la puerta, unos cinco metros.

Y deliberadamente llegamos, por último, a la principal entrada del castro, que es la situada en el ángulo de Suroeste del tercer recinto. Su anchura es de 50 metros, es decir, este es el espacio que existe, sin vestigio de muralla, desde la torre descrita más arriba, hasta donde comienza el muro del tercer recinto. Esta falta de muralla estaba suplida por una admirable construcción que consideramos como cuerpo de guardia, formado

Fig. 5.—Cuerpo de guardia: estancia de S. E.

Fot. A. Molinero.

por dos estancias cuadradas (fig. 5 y lám. IV), de 10,70 metros de anchura y 11,70 de fondo, unidas entre sí, hacia su parte de Nordeste, por un pasillo de 38 metros de longitud por 5,25 de anchura, orientado de Nordeste a Surdeste y paralelo a la línea de prolongación de la muralla del tercer recinto. Su regularidad y simetría son notables: la entrada al castro había que buscarla entre la parte oriental del mismo y la muralla; pero obsérvese que había de ser en escuadra; el primer pasillo lo constituirían el costado derecho de la estancia oriental del cuerpo de guardia y una pared paralela a dicho

frente que partiría perpendicularmente de la muralla. El segundo pasillo, de 460 metros de anchura y perpendicular al primero, estaba formado por el frente Norte de la mencionada estancia, parte del mismo frente de la galería de enlace, y por la muralla. Es una pieza notable, y la disposición de la entrada no dejaba de ser ingeniosa, puesto que permitía a los defensores del castro atacar desde la muralla el costado derecho del enemigo, que por no tener la defensa del escudo era, como es sabido, más vulnerable.

Hallazgos arqueológicos.

a) *Los verracos.*

En el tercer recinto, como hemos dicho, existe uno, al que le faltan la mitad posterior del tronco y las extremidades anteriores.

Fig. 6.—Verraco de granito en el puente Muñochas. Fot. A. Molinero.

También, como pertenecientes a este castro, debemos considerar el que, sin cabeza, yace en el cauce del Riondo, sitio denominado Puente Muñochas, camino de Villaflor (figs. 6 y 7), y el que, sin plinto, como aquél, aunque con cabeza, existe enterrado cerca de una de las zonas excavadas de la necrópoli, en el sitio denominado "Huerto de Pablo el Confitero" (lám. V). Ambos son de un acentuado realismo sexual y parecen marcar la dirección al castro de Los Castillejos.

Caso de encontrarse *in situ,* ¿no podrían conciliarse aquí las opiniones de los arqueólogos que les atribuyen el papel de indicadores de caminos, o el de estelas funerarias, o el de Manes, en fin, que velasen por la salud y fecundidad de los ganados?

b) *La cerámica.*

Como tipo exótico, encontramos, aunque escasos, fragmentos campanienses de importación itálica (como los calderos de bronce de la necrópoli), pertenecientes a platos, cuencos, etc., de pequeño tamaño. Importada del Sur de la Península o propia del país, al celtiberizarse en las últimas etapas de vida de este castro, encontramos con abundancia la ibérica, de pasta muy bien elaborada, con el pulimento característico del torno, bien cocida y de color amarillo, sobre la que —en un rojo más o menos tostado— se ven pintados motivos geométricos, sobre todo líneas rectas, semicírculos, rombos, círculos concéntricos, etc.

Fig. 7.—Verraco de granito en el puente Muñochas

Fot. A. Molinero.

Cerámica evidentemente indígena, modelada casi en su totalidad a mano y decorada, en general, con estampillados, cuyas principales variedades son: tosca, con granos de mica y arena, mal cocida; tosca, roja o ligeramente amarilla, perteneciente a grandes vasijas; tosca también, de color oscuro en sus diversas tonalidades, bien cocida en general y ornamentada con muy variados motivos; gris, de extraordinaria finura y espatulada; negra, ahumada y espatulada por el exterior sólo o por ambos lados con rombos, puntos, meandros, etc.

Algún fragmento se ve que ha tenido incrustaciones de ámbar o cobre, al estilo de la estudiada por la señorita Cabré (1). Hay asas de vasijas, ladrillos, pondus, fichas redondas —a centenares—, fusayolos, etcétera (láms. VI y VII).

(1) M. de la Encarnación Cabré: *El problema de la cerámica con incrustaciones de cobre y ámbar de Las Cogotas y la Península Ibérica*: XV° Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie Prehistorique. Portugal, 1930, págs. 498-509.

c) *Vidrios.*

De vidrio se encuentran fragmentos de copas y cuentas de collar. Estas son de muy variadas formas, colores y tamaños, llamando algunas la atención por sus adornos, consistentes en círculos concéntricos de pasta blanca engastada en la azul, y en número de cuatro; en otras, esa pasta se dispone a modo de escamas; algunas más tienen líneas blancas y manchones amarillos de carácter púnico, etc., etc.; es de observar la preponderancia de las azules, y hasta ahora sólo en ellas hemos encontrado estas ornamentaciones.

d) *Cobre y hierro.*

De hierro se encuentran numerosos fragmentos de espadas, puñales, lanzas, bocados de caballos, etc., si bien, como es natural, corresponde a la necrópoli la mayor densidad e importancia de los hallazgos.

De cobre y bronce, encontramos: fíbulas ariformes, hispánicas y del tipo de La Certosa, entre otras; agujas de diversos tamaños de sección circular y ovoide; botones, trozos de broches de cinturón, plaquitas repujadas y grabadas, espirales de cobre, fragmentos de anillos y brazaletes, etc., etc., perteneciente todo ello a la segunda edad del hierro en Castilla y al período de transición de la primera a la segunda.

e) *Restos de civilizaciones anteriores.*

Los hallazgos, verificados primeramente por los señores Cabré (padre e hija) y luego por el que suscribe, de cuarcitas talladas en el argárico de las terrazas del Arevalillo, se multiplicaron en las proximidades del castro y en sus propios terrenos; lo que, unido a las hachas pulimentadas que de allí poseo y a las cuarcitas del paleolítico inferior descubiertas por el mismo señor Cabré en el pasado verano de 1932, de que ya dimos cuenta en las Memorias de la Sociedad de Antropología, prueban una dilatada vida sobre aquel territorio de gentes de muy diferentes civilizaciones.

La necrópoli.

Como complemento de lo que llevamos dicho, pero sin internarnos en el campo que a nosotros, por elemental deber de cortesía, nos está vedado entrar, diremos dos palabras acerca de la necrópoli. El delegado-director de las excavaciones que, a expensas del Estado, se están llevando a cabo en ella, don Juan Cabré, se encargará de dar a conocer los notables resultados de las mismas, que de hecho han de sorprender al público amante de la Arqueología.

Un breve avance de ello se ha publicado en actas y memorias de la Sociedad Española de Antropología, en el que he tenido la honra de colaborar (1).

Condensando conceptos que allí se exponen, diremos que la necrópoli de incineración se encuentra frente a la entrada principal del castro, a una distancia media de 125 metros, y en el sitio —visible desde ella— que se conoce desde antiguo con el nombre de La Osera (lámina 3 y lámina 2). Este nombre es debido a la abundancia de huesecitos calcinados procedentes de las urnas en cuyo interior yacían, y que el arado ha venido año tras año destrozando.

Consta la necrópoli de varias zonas, separadas por otras estériles: los enterramientos, consisten en áreas de planta cuadrilátera, ovoide o circular, cuyo diámetro oscila entre dos y seis metros, constituídas por piedras de diversos tamaños, hincadas de pico o de plano, que rodean la urna, con las cenizas y el ajuar funerario, y están a su vez cubiertas por una capa de tierra, sobre la que se disponen, de un modo más o menos perfecto, nu-

---

(1) *La Necrópoli de la Osera,* por Juan Cabré Aguiló, Antonio Molinero Pérez y María de la Encarnación Cabré. Actas y Memorias de la Soc. Esp. de Antr., Entnogr. y Prehist. Tomo XI. Madrid, 1932.

merosas piedras. Este rito no era conocido hasta la fecha.

Al lado, adosadas a ellas, se han encontrado sepulturas de guerreros con armas; encima del empedrado también se han encontrado sepulturas. Las áreas sepulcrales se agrupan a veces —llegando en ocasiones a contactar unas con otras— y los pasillos estrechos que entre sí dejan fueron rellenándose con multitud de otras sepulturas.

El ajuar lo constituían: espadas de diversos tipos, de antenas, falcatas y de la Tène; puñales, de la cultura de Las Cogotas, modelo Monte Bernorio y derivados; placas de cinturón, con nielados de plata, como lo anterior; calderos de bronce, diademas, pinzas, brazaletes, anillos, bocados de caballo, puntas de lanza, tijeras, etc., etc.; con frecuencia carecen de ajuar y la sepultura la constituye la urna solamente.

El número de sepulturas excavadas en la temporada pasada rebasa las quinientas y su cronología, en general, puede encuadrarse entre los siglos IV y III antes de Jesucristo.

En resumen:

1.° El castro del cerro de La Mesa de Miranda pertenece de lleno a la segunda edad del hierro, en Castilla y sus inmediaciones, y al intermedio entre la primera y la segunda.

2.° Sus características encajan en las de los del bajo Duero y Norte de Portugal, y precisando aún más, en los de la cultura de Las Cogotas, si bien tiene manifestaciones en su necrópoli que le separan de todos los de aquel tipo en España conocidos.

3.° No fué romanizado, pero alcanzó la cultura típica de La Tène media.

4.° Hasta el presente, es el de mayor extensión de los no romanizados de la cuenca del bajo Duero.

5.° Sus murallas, por su longitud y conservación en todo su desarrollo, parecen ser únicas.

Cerro de La Mesa, desde las estribaciones del cerro de Las Navas: al centro, La Osera y El Palomar, en el límite de las encinas, el Castillo somero (a la izquierda) y el tercer recinto (a la derecha).

Fot. J. Cabré.

Vista tomada desde la muralla del tercer recinto; con la necrópoli y el cerro de Las Navas.

Fot. J. Cabré.

Puerta septentrional del tercer recinto.

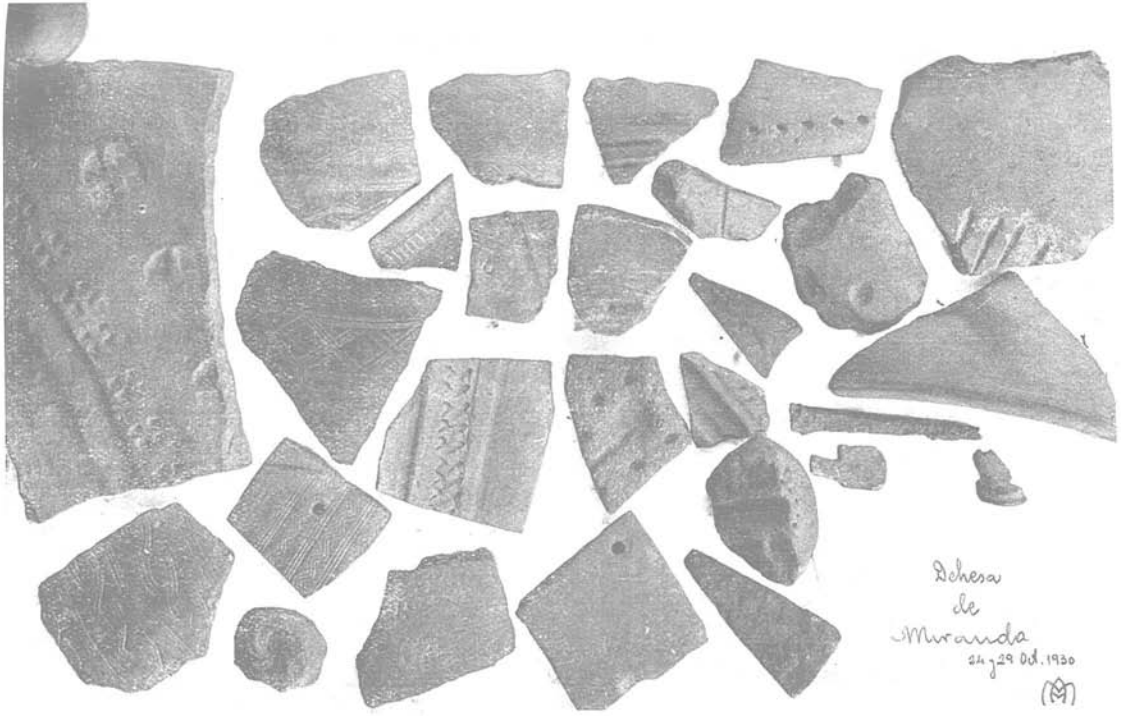
Fot. F. Santodomingo.

Cuerpo de guardia con la estancia de N. O.; detrás, la necrópoli y cerro de Las Navas.

Fot. A. Molinero.

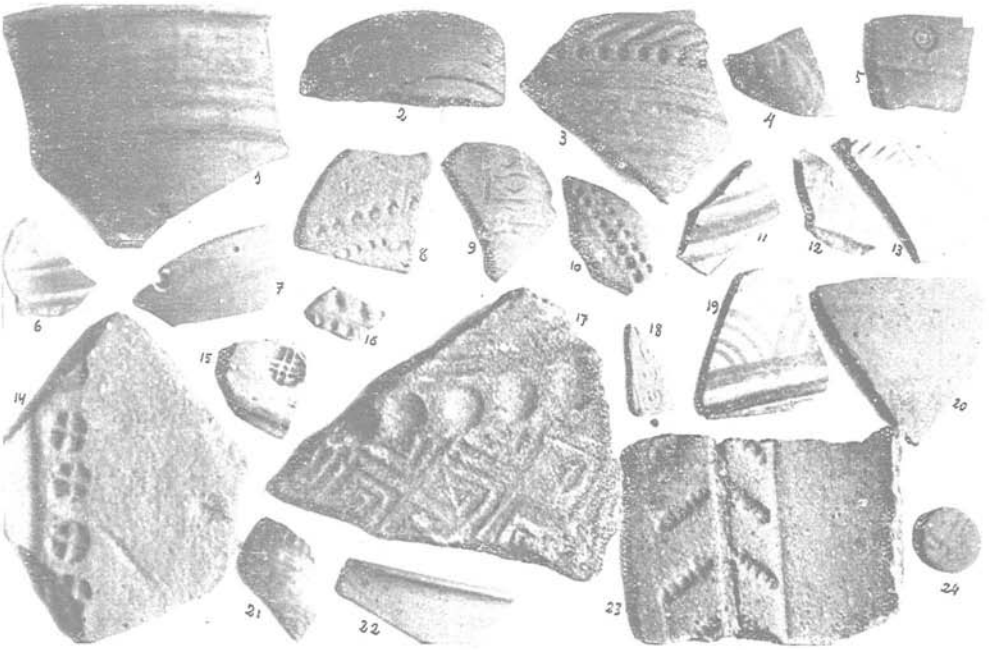
Toro de granito, en El Palomar.

Fot. A. Molinero.



Fragmentos de cerámica, hierro y cobre. (Colección Molinero.)

Fot. A. Molinero.



Cerámica. (Colección Molinero.)

Fot. A. Molinero.

6.º Sus habitantes, evolucionando a través de su cultura racial, y a causa de la situación geográfica del castro, participaron de las relaciones culturales de sus coetáneos de la meseta central de España, de los del Sur, y tal vez de los cartagineses.

7.º Su solar y el de su necrópoli fueron anteriormente ocupados por civilizaciones más primitivas (a partir del paleolítico inferior), según lo demuestran los documentos líticos que en ellos aparecen.

Santo Tomé de Zabarcos y Madrid, enero 1933.

ANTONIO MOLINERO PÉREZ.

(*Veterinario.*)